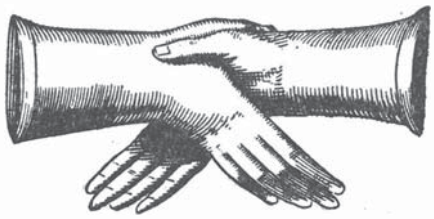
DE AMELIA A SU MADRE

QUERIDÍSIMA madre:
Ayer por la mañana
llegamos a Madrid,
cansados, medio muertos,
con el humo del tren
haciéndome llorar,
y una sed infinita
en la garganta. Fuimos
al hotel, y es de ver
el lujo de Madrid,
calles y casas son
como diez pueblos nuestros
de pie. Todos notaron
que estábamos recién
casados. Nuestra noche
de bodas fue mañana
de bodas, fatigados
del viaje, maldespiertos.
Nos dormimos sin ganas
de hacernos el amor.
Al bajar a comer,
en el salón sabían
nuestro achaque. Después,
con la cabeza limpia
de telarañas, ágiles,
salimos a pasear.
Es hermoso Madrid,
te lo juro, y gozamos
de su desorden bello.
Sonrientes, nos hicimos
fotografías ante
el Palacio Real
y el Museo del Prado
(donde no quise entrar
porque tú me dijiste
que no me gustaría),
y en las glorietas verdes
del Parque del Retiro,

con pocas flores. ¡Cuánto
anduvimos! Yo pienso
que nunca anduve tanto,
a no ser en la última
romería del pueblo,
o el año en que las monjas
nos llevaron a Cádiz,
a visitar el mar.
La gente aquí es muy fina,
habla correctamente,
aunque los hombres miran
como si te abrazaran
por detrás de un olivo.
¿Es que las madrileñas
no les dan de sus odres?
No me lo explico. Hay
muchachas que son ángeles,
y miles de extranjeras
que cuando están sentadas
enseñan hasta la ingle.
Después de pasear,
nos fuimos al teatro.
Ya sabes que en el pueblo
solo podemos ver
revistas, si las ponen,
películas antiguas,
o comedias del párroco.
La obra—de un tal Buero
Vallejo—se llamaba
algo así como *Historia*
de la escalera. El título
no importa, te diré
el argumento. Escucha.
Resulta que Carmina
y Fernando—los dos
protagonistas—se aman,
pero él quiere subir
en la vida y desprecia
el amor de Carmina.
El es un soñador
(como Manolo, el hijo
de don Roque, que cree
que el mundo será suyo
cuando termine Leyes).
Fernando va y se casa
con otra, y sigue allí,
pegado a la escalera
como cáscara de uva
a la prensa inflexible,
sin poder alejarse

de su vida de cuervo,
chillando como loco
a los demás vecinos.
Sus sueños se quedaron
en un porvenir sucio.
La obra es triste, pero
acaba bien. Atiende.
Un hijo de Fernando
y una hija de Carmina,
al pasar de los años,
se enamoran. Ya sabes,
de tanto hablarse y verse
por la escalera, como
le ocurre hasta a los perros
que se cruzan tres veces
en la misma vereda.
Hay una discusión
de los padres histéricos,
que no consienten tales
relaciones. ¿Te acuerdas
de aquella riña horrible
entre el notario y doña
Angustias, su mujer,
el día que llegó
borracho, por el alba?
Pues algo parecido,
pero ahora el vino era
vinagre de los siglos.
En resumen: Triunfan
los mozos de sus padres
y son novios. Eternos.
Al salir del teatro,
en mis ojos había
un puñado de lágrimas,
como en el tren... Mi esposo
callaba, todo el tiempo
callaba. Solamente
por la noche (ya noche
de bodas verdaderas),
mientras yo me arrimaba
a su cuerpo, y lo oscuro
olía como a cielo;
mientras mi sexo ardía
tras el empuje atroz,
me dijo que aquel hombre,
Fernando, el fracasado,
le dio una pena inmensa
por vivirse la vida
huérfano de la entraña,
enamorado inútil,

aún más mutilado
que un manco de la guerra,
sin poder una noche
dormir con su Carmina
como él y yo dormíamos,
llenos de la conciencia
de sabernos completos,
no divididos entre
el amor y la ira
y pensando en la muerte
como una salvación
de cabellos de oro.
Y me dijo también
que ese Buero, el autor,
llegaría muy lejos,
más lejos todavía
que Muñoz Seca, porque
se notaba que había
sufrido, y el dolor
—me dijo—es el primer
éxito. Yo, al sentir
la herida de mi vientre,
contesté que era cierto.
Y otra vez me hizo suya.



MANUEL MANTERO